

Lienhard, Martín. *Disidentes, rebeldes, insurgentes. Resistencia indígena y negra en América Latina. Ensayos de historia testimonial*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2008, 164 pp.

La obra de Martín Lienhard es un referente fundamental para intentar comprender la complejidad de las tensiones y conflictos socioculturales en naciones poscoloniales. Partiendo siempre, desde el análisis discursivo, de las “huellas escriturales” y su capacidad para dominar y domesticar las cosmovisiones orales nos ha dado una visión panorámica, monumental e histórica sobre el asunto en cuestión (*La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-cultural en América Latina 1492-1988*). Pero a la vez nos ha brindado una visión más particular y contemporánea de estos mismos problemas a partir de la novelística de José María Arguedas (*Cultura andina y forma novelesca. Zorros y danzantes en la última novela de Arguedas*).

Con *Disidentes, rebeldes, insurgentes* continúa abordando esta línea investigativa pero ahora desde lo que ha denominado *historia testimonial*. Resulta imprescindible detenernos en la introducción del libro para entender la metodología que intenta poner a prueba a los largo de los seis ensayos que contiene el libro. Basándose en *autos* y *probanzas* jurídicos de rebeldes indios y negros, se busca, trasladando los principios de la historia oral al estudio de archivos, enfocar la actuación de los individuos disidentes desde su propia lógica sociocultural. Como bien define con brevedad Lienhard, la historia oral “es un método de investigación que permite suplir, en base a testimonios orales, la falta de fuentes escritas” (p. 21). La lógica pareciera ser: si esas voces de sujetos subalternos se encuentran extintas, víctimas del tiempo, la única forma de escucharlas es tratando de “revivirlas” a través de los archivos judiciales.

Lienhard va enumerando la forma en que estructura su entrada a los textos para poder sortear las paradojas de aplicar una metodología eminentemente oral a un documento escritural: “Ante el testimonio de un reo o testigo que aparece, transcrito, en el *auto* de un proceso cri-

minal o en una *probanza*, el investigador, pese a las múltiples garantías legales que parece ofrecer el *ritual* jurídico, no tiene cómo saber en qué medida lo reproducido corresponde a lo que realmente dijo el declarante” (p. 23). Ante este problema el primer paso que sigue el autor es revisar el contexto de enunciación; es decir, reconstruir el contexto en el cual los testimonios fueron producidos.

En segundo lugar, el autor de *La voz y su huella* establece una analogía entre estos testimonios jurídicos y un guión teatral, pues ambos se basan en intercambios verbales, pero “a diferencia de lo que sucede en el diálogo ficticio de un drama literario, el juego de preguntas y respuestas no se moldea según la voluntad o el capricho de un ‘autor’, sino en función a la relación de fuerzas que se va creando, a lo largo del proceso, entre el juez [...] y los reos [...]” (p. 24). Por tal motivo, en los testimonios no se encuentra una expresión sincera de lo que piensa y cree el acusado, sino más bien una representación que intenta eludir la acusación con una serie de estrategias discursivas que necesariamente no se condicionan a la verdad.

Por último, están las posibles inexactitudes generadas por el paso de una tecnología oral a otra escritural, que terminarían afectando lo que el autor llama la *puesta en texto*. Los escribanos han modificados y mutilado el discurso directo de los testificantes para dar paso a un discurso indirecto y mediado bajo la lógica y el léxico de la retórica judicial. A esto se añade los problemas de comunicación cuando los testificantes no tienen competencia en la lengua oficial. Lienhard arriesga y resta peso a todas estas “distorsiones” en pos de poder rescatar esas voces.

El texto está dividido en seis capítulos, abordaremos la mayoría de ellos, en los cuales se desarrolla los diferentes grados de opresión colonial/esclavista y la consecuente respuesta de los sujetos subalternos. El grado cero de esta respuesta es la *rebeldía*. La *disidencia* remite a un antes y se caracteriza por ser abierta o latente. La *insurgencia* es el “estado su-

premo”, manifestación más radical de la *rebeldía*. El primer capítulo, está dedicado a la *disidencia* y al posterior juicio contra Carlos Ometochzin Chichimecatecuhtli. Don Carlos, el octavo señor de Tzucoco, fue acusado de herejía y condenado a pena capital. Todo ello a partir de una simple amonestación íntima que da don Carlos a su sobrino por participar de rogativas católicas. Esta reprimenda de un viejo a un joven, es una práctica de tradición oral prehispánica llamada *huehuetlatolli*. A partir de esto se deduce que don Carlos no practicaba una crítica sistemática a la religión Católica, sino una *disidencia latente* que se manifestaba solo en su círculo más próximo. La lectura de los diversos testimonios del juicio hace suponer a Lienhard que detrás de la persecución se teje una serie de intereses de diversos estamentos, tanto de autoridades españolas como de la nobleza indígena que mantenía algunos privilegios.

El segundo capítulo está dedicado a la *insurgencia* y a la figura de José Santos Atahualpa. El autor trata de construir un “perfil fantasmal” a partir de los testimonios de indígenas y negros que han escuchado o ha tenido contacto con Santos Atahualpa: “Más que un ser de carne y hueso, Juan Santos parece un espejismo. No se le conoce partida de bautismo ni acta de defunción. Sobre su lugar de nacimiento, su ascendencia, su edad, e incluso su nombre de pila sólo hay especulaciones.” (p. 52). Precisamente esta imagen fantasmagórica es uno de los recursos de los cuales se valía el insurgente para crear su propia figura mítica, que busca impresionar tanto a la población local como a las autoridades españoles. El movimiento insurgente de Santos Atahualpa es definido como inocultablemente mesiánico, porque, a diferencia de Tupac Amaru II, está inmerso en un universo nativo oral alejado de ideales ilustrados. Además, su diferencia radica en el hecho de poner en juego por lo menos tres identidades: la cristiana, representada por la cruz que dicen que lleva; la incaica, por su aparente origen real; y la alto-amazónica, por la *cushma* de tipo *campa* o *asháninka*.

Los capítulos tres y cuatro abordan el cimarronaje en los Bayous de la Luisiana Española (1789) y al Maniel de Neiva (Santo Domingo

- 1785-1794). En el primero de los ensayos, a partir del juicio a los esclavos Luís y Enrique, Lienhard diferencia tres tipos de cimarronaje: el *cimarronaje de ruptura*, cuando los esclavos abandonan definitivamente la hacienda para buscar un paraje inaccesible donde vivir (el caso de estos dos esclavos); el *cimarronaje intermitente*, la fuga ocasional por diferentes causas, y el *cimarronaje disimulado o encubierto*, cierta resistencia que se cometía diariamente sin dejarse descubrir. Además, distingue la diferente formas de asumir la rebeldía según el género de los esclavos: “A raíz de su situación laboral relativamente privilegiada y las relaciones entrañables que a menudo mantenían con sus amas, las esclavas domésticas no solían acoger con gran entusiasmo la idea de acompañar a los hombres –ni siquiera a sus maridos– hacia un paraje desconocido.” (p. 78). Por último, Lienhard esboza brevemente la importancia de los *bayous* (esteros, paisajes acuáticos por donde se desplazaban los esclavos) como un espacio simbólico para la libertad, especie de zona liberada y misteriosa de difícil acceso para el hombre blanco: “Prácticamente fuera del control de los blancos, el espacio de los *bayous* abrigaba sin duda parte de la ‘vida secreta’, del cimarronaje encubierto de los esclavos”. De otro lado, ya desarrollado las ideas sobre el cimarronaje, el autor aborda la historia del Maniel de Neiva. Y justifica el estudio particular de este palenque porque se trata uno de los pocos refugios sobre los cuales existen testimonios. De estos se desprende que en el maniel habitaban 132 personas, y no los 1800 que se especulaba en un principio. Además estaba conformado por hombres de la parte francesa de la isla, una comunidad equilibrada en términos de sexo, con capacidad de reproducirse, alimentarse y de protegerse.

La *Autobiografía* del esclavo Juan Francisco Manzano (Cuba, 1835) es abordado en el penúltimo capítulo. Si bien éste desentona con los otros, pues no se trabaja a partir de testimonios judiciales, resulta uno de los capítulos más estimulantes del libro. Y es que en América hispánica y en Brasil, a diferencia de la América inglesa o francesa, fueron pocos los esclavos o ex esclavos que lograron adquirir competencias escriturales. No obstante, la iniciativa de esta empresa narrativa autobio-

gráfica no nace del propio Manzano; sino de su protector Domingo del Monte, fundador y animador de un círculo literario. El esclavo pudo tener contacto con la letra y el estilo de vida de los blancos gracias a las prerrogativas de la marquesa de San Ana, dueña de la hacienda El Molino y ama de su madre. Lienhard afirma que Manzano anhela pertenecer al universo de los amos y de la casa grande y que no manifiesta ninguna solidaridad con los demás esclavos. Aunque: “Lo poco o lo mucho que la Autobiografía muestra es que el régimen esclavista aun al más privilegiado de los esclavos le toca [...] *todo el horror de un sistema basado en la apropiación del hombre por el hombre.*” (p. 125)

Resultaría exagerado decir que los ensayos de *Disidentes, rebeldes e insurgentes* son un pretexto que se impone el autor para poner a prueba lo que ha denominado *historia testimonial*. Más allá de esa vocación insistente por rescatar y “escuchar” las voces de los sujetos subalternos de América, lo que Martín Lienhard nos está planteando es la valía de lo testimonial, como literatura alternativa, para acercarnos a las culturas epistémicamente violentadas por siglos. Y así mirar más allá de esa crítica que nos habla de las “trampas” de la transcripción testimonial y que ha terminado desechando el género como tal. Después de todo ya lo había expresado Clifford Geertz, en *Las interpretaciones de las culturas*, al referirse a los problemas de la escritura etnográfica, que todo discurso es un discurso que nos remite a otro discurso. Es a través de esta concesión que se trata de superar y voltear la página al entrampamiento de la representación de lo real. (Eduardo Huaytán Martínez)